

Aquellos primeros años

VICENTE RAMÍREZ MONTESINOS

Conozco a Vicente en el verano de 1950. Campamento de la Granja, vecinos de petate. El suyo, cuando lo recoge, adopta la forma de un confortable sillón. Es evidente su capacidad de hacer su nido en cualquier circunstancia. Al toque de fagina no baja al comedor como todo el mundo: su madre y su hermana le han traído el día anterior, durante la hora de paseos un filete que él mismo prepara en la tienda con un camping-gas.

Yo creo que el espíritu puede liberar al cuerpo y que embutido en un sucio mono caqui está mi cuerpo, pero yo puedo soñar que estoy allá arriba en las montañas azules de la sierra y que lo que queda en el polvoriento campo de instrucción del llano amarillo del campamento, dando vueltas absurdas en un carrusel por batallones, es tan solo mi cuerpo, pero no mi yo.

Y en este ejercicio de conseguir pequeñas cotas de libertad dentro del sistema de un campamento militar, Vicente fue un gran maestro. La comunicación con Vicente, mi vecino de petate, fue fácil desde el principio. Hablaba bajo, nunca intentaba imponerse a gritos dentro del guirigay de los quince energúmenos que integraban la tienda. Modales suaves y, sobre todo, una gran inteligencia y buena formación cultural. Todas las mañanas, después del toque de diana, iba a misa y comulgaba. Su religiosidad nunca fue un inconveniente para nuestra amistad, aunque yo pudiera considerarme libre-pensador, muy identificado con lo que los franceses llaman los valores laicos de la República.

Personalmente sentía que la opresión de la Iglesia Católica era aún mas sofocante que la del régimen. El régimen impone la supresión de las libertades políticas, pero la Iglesia pretende penetrar y controlar lo más íntimo de tu yo. Le presenté a mi amigo Luis Navarrete, del Opus Dei, y allí empezó el trabajo de captación. En aquellos años "la Obra" representaba un catolicismo "moderno", confortable, intelectualmente culto, limpio. Los sacerdotes de la Iglesia Católica consideraban la ducha pecaminosa y los curas olían a cura, como los soldados olían a soldado. El olor a soldado es una mezcla de olor corporal y cuero. En el curso de mis prácticas de oficial en Mahón, llevamos "la tropa" a las duchas una sola vez en un período de seis meses. Mi gran sorpresa fue descubrir en 1980, al tomar un soldado en auto-stop, que ya no olían a soldado. Me explicó que se duchaban todos los días.

El Opus Dei tenía un gran atractivo. Aquel invierno frecuenté la Residencia de la calle Maldonado que los de "la Obra" llamaban Serrano (estaba en la esquina de las dos calles). Piso encerado, muebles cómodos, y una merienda servida por doncellas con cofia. Otro mundo en la chabacanería del Madrid de entonces. Iba todas las tardes desde mi pensión en la misma manzana, en la calle de Claudio Coello. Después de estudiar había charlas con un sacerdote: don Raimundo Paniker, hombre extraordinario, muy joven, indio-catalán, buena formación intelectual, licenciado en físicas y en letras. Don Raimundo Paniker era un brillante intelectual en el oscurantismo de los años 50. Sé que terminó en México y me parece que "la Obra" lo ha borrado de su memoria.

Seguí frecuentando el piso de la calle Maldonado hasta que un día su director Luis Recio me dijo "Vicente, te venimos observando, parece estar a gusto con nosotros, Cristo quiere que te hagas de la Obra". Contesté "tengo un problema: no creo en Dios". "No importa, creerás en él con la frecuencia de los sacramentos". Me pareció que ya no podía disfrutar de los bocadillos, las charlas de don Raimundo Paniker y el ambiente serio y agradable de la Residencia de Serrano. Vicente, aquel invierno, en otra residencia siguió el mismo proceso, pero evidentemente al ofrecimiento final no puso ninguna objeción. ¡Él sí frecuentaba los sacramentos!

En el Campamento, aquel verano de 1950, Navarrete, Cacho y yo éramos los tres amigos con una concepción parecida de nuestra estrategia para sobrevivir. La instrucción se dividía en dos partes. La primera parte, por secciones: el manejo del fusil. Un cambio del reglamento establecía un nuevo movimiento, el cambio de hombro del mosquetón. Vicente desarrolló la doctrina de que sería irresponsable por nuestra parte no aprender este movimiento que luego como oficiales tendríamos que enseñar a los reclutas. Por eso nunca faltamos a esa parte de la instrucción. La segunda parte consistía en el carrusel por batallón, de seis en fondo, en formación cerrada, tragando el polvo que levantan las tres compañías desfilando sobre la tierra reseca del campo de instrucción. Empezamos a escaquearnos, después de que el oficial nos contara. Y luego Navarrete tuvo la brillante idea de, terminada la primera parte, salir del campo de instrucción, mosquetón al hombro y marcando el paso por la puerta grande, dando a nuestra salida el carácter de una misión especial. Navarrete decidió que en caso que alguien preguntara algo, responderíamos: "Brigada topográfica".

Vicente tenía unos pocos libros con él y allí leí por primera vez el *Romacero Gitano*. Como un libro de Federico García Lorca podría ser mal considerado por nuestros oficiales, Vicente lo forró de un papel azul y escribió en las tapas, con letras grandes: "REGLAMENTO DE LA GUARDIA CIVIL" explicándome que nuestros mandos apreciarían este tipo de lecturas. Una noche los amigos de Navarrete, todos de "la Obra", organizaron una excursión por "Montón de trigo". El hampa del Campamento también era

capaz de escaparse de noche para emborracharse y visitar los prostíbulos de Segovia. Aquella noche salimos por Matabueyes y, desde la seguridad que me daba estar en mi segundo campamento, el tercero para Vicente que repetía y cuya veteranía era muy valiosa, sorprendí al centinela, de primer año, y enfocándole con una linterna para deslumbrarle le amonestamos por su falta de marcialidad y nos dejó paso franco. (Años más tarde empecé a dudar y pensar si el centinela no sería también de "la Obra" lo que explica el éxito de iniciativa).

Aquella noche ha quedado grabada en mi memoria. Noche de luna por la sierra. Estaba presente el hijo del gran fotógrafo César Ortiz Echagüe. La conversación giraba en torno a la sierra, los colores de noche y se habló de todo. Era difícil en la España de 1950, para un chico brillante intelectualmente y culto, resistir al encanto de ese mundo nuevo, que ofrecía el Opus, dentro de la más pura ortodoxia católica.

Después del campamento siguió la amistad hasta 1958, año en que me marché de España. Durante aquellos años Vicente visitaba asiduamente todas las exposiciones de pintura de Madrid. Vaquero Turcios, que ha participado en este homenaje, era uno de sus preferidos; otro, Redondela. El mío, a quién además conocía personalmente, era Álvaro Delgado. Aún no había llegado la época del Comisario de Exposiciones Luis Robles y el éxito de la pintura abstracta en la Tate Gallery de Londres (Canogar, Feito, Tapiés, etc.). Después de cada exposición discutíamos y Vicente escribía una crítica que comparaba con la publicada en ABC por Camón Aznar, su gran maestro. Con Vicente Cacho desperté a la pintura.

En invierno íbamos a esquiar a Navacerrada. Salida de Madrid a las seis de la mañana en el metro, tren a Cercedilla, el teleférico, El Alpino o la venta Arias y al Escapate, verdadera pista de hielo, o subida a la Bola del Mundo y bajada. Regreso, agotados. No había telesillas. Cada domingo cinco o seis bajadas del Escapate o una de la Bola del Mundo. A pesar de nuestras frecuentes excursiones, a ese ritmo nunca pudimos aprender a esquiar correctamente. En una ocasión la caída de la nieve impedía la salida del teleférico y subimos, con esquís por el camino Smith desde el albergue de Peñalara hasta el de Navacerrada. Ese recorrido debe hacerse en sentido inverso para bajar desde Navacerrada. Vicente me hizo ver que existían dos sierras: la del Frente de Juventudes y la sierra de la poesía, de la libertad, la de la Institución Libre de Enseñanza.

Otra iniciativa fue visitar un cementerio en noche de luna: el Cementerio Civil. Me enteré que en España los muertos no compartían cementerio. Sin dificultad y explicando nuestra idea al guardián del cementerio llevamos a cabo nuestro proyecto: Becquer y *Don Juan Tenorio*.

Por último, y no era una gamberrada, Vicente me hizo ver la estética de la ciudad. La sierra una noche de luna y Madrid todas las noches. Visitar los altos de los grandes edificios, sorprendentes con sus estatuas,

carros de caballos, templetes cornucopias, etc. Subimos a lo alto del Círculo de Bellas Artes y la gran aventura: Correos, Nuestra Señora de Correos. Llegamos a una terraza dónde había banderas de varios países, alguna reunión de la Unión Postal Internacional. Yo tomé la iniciativa de dejar a media asta alguna de ellas y Vicente pensó que el acto sería más espectacular si era la americana –sin ningún ánimo antiamericano–. Luego, más arriba, apareció un interruptor y lo accionamos, apagando la esfera del reloj. Desde Cíbeles parecía increíble que la desaparición de la esfera luminosa del reloj de Correos fuera obra nuestra.

Y así, callejeando por Madrid, a una edad en que nos buscamos a nosotros mismos, buscando nuestro camino, Vicente y yo nos transmitíamos el uno al otro conceptos, ideas, vivencias. Vicente me aportó la sierra, Madrid, mi interés por la pintura en aquellos años. Yo nunca sabré ya lo que le aporté. En años posteriores, nos volvimos a ver, me pareció que no era feliz, pero que nunca se abriría. Siempre fue reservado, cerrado. Y no creo que fuera yo el libre-pensador, agnóstico y ateo, quien pudiera ayudarle. Su militancia en una organización cerrada no podía más que llevarnos a un alejamiento el uno del otro.

Un amigo de Vicente.



Vicente Cacho con uniforme de la Milicia Universitaria acompañado de su hermana en los jardines de La Granja. Verano de 1950.